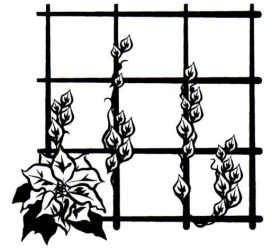


1.º domingo de Adviento C



Que el Señor os colme y os haga rebosar de amor mutuo y de amor a todos. (1 Tes 3,12)

Primera lectura

Jeremías 33,14-16

Mirad que llegan días – oráculo del Señor – en que cumpliré la promesa que hice a la casa de Israel y a la casa de Judá. En aquellos días y en aquella hora suscitaré a David un vástago legítimo, que hará justicia y derecho en la tierra. En aquellos días se salvará Judá y en Jerusalén vivirán tranquilos, y la llamarán así: "Señor-nuestra-justicia".

Segunda lectura

1 Tesalonicenses 3,12 – 4,2

Hermanos y hermanas: Que el Señor os colme y os haga rebosar de amor mutuo y de amor a todos, lo mismo que nosotros os amamos. Y que así os fortalezca internamente; para que cuando Jesús nuestro Señor vuelva acompañado de sus santos, os presentéis santos e irreprochables ante Dios nuestro Padre.

Para terminar, hermanos y hermanas, por Cristo Jesús os rogamos y exhortamos: Habéis aprendido de nosotros cómo proceder para agradar a Dios: pues proceded así y seguid adelante. Ya conocéis las instrucciones que os dimos en nombre del Señor Jesús.

Evangelio

Lucas 21,25-28.34-36

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Habrá signos en el sol y la luna y las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, enloquecidas por el estruendo del mar y el oleaje. Los hombres quedarán sin aliento por el miedo, ante lo que se le viene encima al mundo, pues las potencias del cielo temblarán.

Entonces verán al Hijo del hombre venir en una nube, con gran poder y gloria. Cuando empiece a suceder esto, levantaos, alzad la cabeza; se acerca vuestra liberación. Tened cuidado: no se os embote la mente con el vicio, la bebida y la preocupación del dinero, y se os eche encima de repente aquel día; porque caerá como un lazo sobre todos los habitantes de la tierra. Estad siempre despiertos, pidiendo fuerza para escapar de todo lo que está por venir, y manteneos en pie ante el Hijo del hombre.

Meditación

La ruina del mundo se condensa en dos grandes señales: la derrota violenta de Israel (Jerusalén) en la guerra del 70 d. de C. y la inestabilidad del cosmos. La tragedia de Israel estaba entonces en la mente de todos los lectores; la vieja tierra de las promesas se había convertido en ruinas; Jerusalén se hallaba destrozada. Sobre esa ruina se perfila el fin del cosmos; se deshace la existencia de los astros, todo el mundo gira sobre el fondo amenazante de la muerte. La agonía de la finitud y de la muerte de un cosmos que ha perdido el sentido se concentra ahora en estos rasgos.

La iglesia, sin embargo, confiesa que en el centro del fracaso de los hombres, sobre la agonía de la historia, emerge una palabra de vida, una presencia salvadora que nos llama. Es el juicio y la verdad del Hijo del Hombre que se acerca allí donde los astros y los hombres mueren. Por eso puede resonar la gran palabra, enigmáticamente consoladora y paradójica: "Cuando empiece a suceder esto, levantaos, alzad la cabeza; se acerca vuestra liberación" (21,28).

El sentido de la historia no se centra en el fracaso de los pueblos ni se esconde en un futuro enigmático y lejano. El sentido está en Cristo, el verdadero Hijo del Hombre que está sembrado como germen de muerte y salvación en medio de la tierra. Por eso, en la agonía de los hombres que fracasan sin consuelo, en la falta de sentido de una historia que tritura la vida de sus hijos... está llegando el Cristo. Por eso se nos dice ya "alegraos". La victoria no se encuentra en los poderes del mal ni de la muerte; está en el Cristo que nos llama a mantener su testimonio, a mantenernos vigilantes y a seguirle en el camino que ha trazado. Sobre las ruinas de un mundo que no puede responder al gran enigma del "por qué" y del "para qué" de la mayor parte de las cosas, ha venido a trazarse la señal de la verdad y de la vida: la muerte y resurrección de Jesucristo.

Las palabras de Jesús nos invitan a la vigilancia necesaria: está cercano el día y es preciso estar siempre despiertos. Esta invitación nos muestra que existe una profundidad en nuestra vida; es la verdad de Dios, que se precisa como don que fundamenta la existencia, como gracia que nos lleva a transformarnos desde dentro. Ante ese don y esa exigencia es necesario mostrarse siempre vigilantes. El deber de vigilancia se interpreta en nuestro texto a partir de un horizonte de futuro. La plenitud de Jesús ha de venir a realizarse en un mañana (de muerte y resurrección universal); por eso será ley de la existencia el mantenerse cuidadosamente vigilantes frente a ese futuro que se acerca. Cada hombre debe traducir la vigilancia en su vida individual, procurando que la muerte (su aparición particular frente a Dios) no se realice en situación de pecado grave.

La verdad de nuestro texto se puede interpretar igualmente sobre un horizonte de "profundidad en el presente". No se trata de esperar el mañana de la llegada de Dios (o de la muerte); lo que importa es que nuestra vida se ajuste cada día a la exigencia de Dios (y de Jesús) que está presente en ella. El fin del mundo no es, por tanto, ningún tipo de mañana; es el saber que somos limitados, nos hallamos internamente abiertos hacia Dios y nos podemos encerrar en nuestra propia realidad de muerte (en el pecado).

Ninguna de estas dos representaciones es absoluta. Para entender las palabras de Jesús sobre el final del mundo es necesario situarlas de una vez en estos dos contextos. Dios (el reino de Jesús) es algo que vendrá mañana, en el futuro que es siempre amenazante y siempre esperanzado. Pero entender estas palabras significa, al mismo tiempo, interpretarlas en el hoy de cada día; llevamos en la vida las señales de la muerte de Jesús (con la agonía del mundo, las contradicciones de la historia, la amenaza del mal, que siempre puede aniquilarnos); pero llevamos también los grandes signos de la pascua, la esperanza de un futuro abierto y el comienzo de una vida de amor sobre la tierra. Por eso, tenemos que escuchar anidas las palabras de "cuidado" y de "alegraos", intentando responderlas de manera consecuente en nuestra vida.